

bien no resultan ajenos a la tradición latinoamericana recién ahora se evidencian como conflictivos en grandes zonas del planeta. Por eso, y en función de la pertinencia de las categorías conceptuales empleadas, el examen del pasado colonial realizado por el conjunto de trabajos comentados resulta en extremo importante pues permite examinar un legado colonial solidificado en función de un pensamiento homogeneizante que evitó las fracturas como las raicillas y convirtió las diferencias en valores; porque además realiza una ampliación del corpus con el objetivo de abarcar los múltiples discursos que se pliegan, se negocian y se entretajan en la discursividad colonial así como por tratar de desmarcarse de ciertas modas intelectuales (una poscolonialidad mal comprendida, una postmodernidad excesivamente onmicomprensiva que engulle cual agujero negro cualquier otra pauta de reflexión).

Sin querer ahondar en los méritos individuales de cada trabajo, me gustaría enfatizar en lo siguiente: la forma en cómo los diversos trabajos, de manera particular y en conjunto, delinear un futuro espacio de enunciación, el discurso criollo ilustrado, y la forma cómo recuperar el conflicto discursivo que se establece antes de la consolidación de ésta discursividad. No se trata del mero hecho de recuperar discursividades silenciadas, en realidad estamos ante un conjunto de trabajos que cuestionan categorías, y antes de formular respuestas claras optan por desplegar el concierto de discursos que pueblan un período de nuestra historia excesivamente simplificado.

Miguel Maguiño Veneros
CSIC (España)

José Ismael Gutiérrez. Manuel Gutiérrez Nájera y sus cuentos. De la crónica periodística al relato de ficción. Nueva York: Peter Lang, 1999. 459 páginas.

Entre otras cosas, las lecturas recientes del Modernismo están revelando la parcialidad y limitaciones de los estudios tradicionales, centrados casi siempre en sus autores canónicos y en los aspectos más librescos de sus creaciones. Una de las consecuencias más graves fue también la asunción de que esos autores y sus obras eran los ejemplos más granados de algunos de los ideologemas, técnicas, iconos y estilemas que caracterizaban al Modernismo en general. Afortunadamente esa perspectiva está cambiando, y resulta cada vez más obvio, por ejemplo, la necesidad de leer a Casal para entender el decadentismo finisecular, a Nervo para valorar su espiritualismo y su narrativa fantástica o a Agustini para experimentar su emocionalismo. El caso de Nájera es semejante e igualmente atractivo, como lo muestra el creciente interés por su obra, concretado por ejemplo en la tarea de recuperación de su obra llevada a cabo por el equipo de la UNAM; los trabajos entre reivindicativos y desmitificadores del Coloquio Internacional celebrado en la ciudad de México en 1995; la antología de Rafael Pérez Gay (1996); las investigaciones de Adela Pinedo sobre la *Revista Azul* (1997); la de Roxanne Davile sobre la figuración del espacio urbano (1999); y el trabajo de M. A. Loera (2001) acerca del diálogo najeriano con la música, el teatro y las artes plásticas. Estos y otros coinciden también en la necesidad de contar con Nájera para comprender las olvidadas cercanías entre el modernismo y el positivismo decimonónico, y para entender también la privilegiada recepción que el público femenino dispensó a esa literatura así como los diferentes grados de convivencia de los modernistas con los espacios políticos y sociales del fin de siglo.

La monografía de José Ismael Gutiérrez se orienta en la misma dirección, reivindicando la condición periodística de los escritos de ficción, algo que se puede aplicar al Modernismo en general pero que fue especialmente radical en el caso de Nájera.

ra. Aunque, entre otros, Ángel Rama, Susana Rotker y Aníbal González ya aludieron o abundaron en este asunto, ninguno de ellos trató con tanta atención las especificidades del caso de Nájera y, en consecuencia, ese momento concreto tan bien representado por el mexicano como fue el proceso de ficcionalización de la crónica y su vacilante diálogo y transformación en el cuento modernista. Aunque es obvio que el relato breve del Modernismo no puede explicarse sólo como una derivación de la crónica, lo que Gutiérrez deja bien demostrado es que si olvidamos el origen mayoritariamente periodístico de esos cuentos y su convivencia en ese mismo espacio con otros géneros y subgéneros literarios, tendríamos no sólo una imagen equivocada de él sino también del global carácter renovador de la literatura finisecular. Y es que a falta de un mercado editorial eficiente, el espacio periodístico se convirtió por momentos en el verdadero catalizador de la actividad literaria, en el principal crisol, receptor y difusor de los productos literarios, siendo por ello inevitable que la literatura se contagiase de los heterogéneos contenidos y técnicas propios de ese medio. Es por ello por lo que los cuentos de Nájera registran toda esa tensión entre lo literario y lo paraliterario, impidiendo a menudo su adscripción firme al género cuentístico. Por otro lado, sin embargo, están cargados y rebosan de contemporaneidad, de una contemporaneidad definida en parte por la pervivencia de modos decimonónicos pero especialmente abierta y receptiva con los vagidos de la modernidad literaria, mucho más dinámicos y renovadores.

Estas ideas rectoras se desarrollan en tres partes o capítulos, enmarcados por una introducción explicativa del estado de la cuestión najeriana y por una amplia bibliografía especialmente útil para cualquier investigación sobre el mexicano. En el primer capítulo se contextualiza extensamente la actividad de Nájera en la realidad social y política del México de fin de siglo, comenzan-

do por presentar el marco urbano y modernizante de su producción y destacando las conexiones de Nájera con los órganos e ideologías próximos al porfirismo —periódicos, grupos de poder, etc.—. Se concluye este capítulo con un oportuno apartado acerca de la crónica como género de transición y la descripción de los trasvases y correlaciones entre periodismo y literatura. Aunque se trate sólo del capítulo introductorio, realmente estas páginas acaban llenando uno de los vacíos más notorios de la crítica najeriana tradicional, de acercamientos impresionistas y formalistas casi siempre, y que apenas dedicó atención alguna a las correlaciones del escritor con su marco externo.

En el segundo capítulo se describe el proceso de ficcionalización por el que esas crónicas tienden o de hecho se transforman en relatos. En él se exponen los referentes y técnicas que siendo propios también de la crónica, se convierten en elementos ficcionales mediante la aplicación de una mínima intención narrativa. Así, se analizan las diversas temporalidades, caracterizadas principalmente por una ralentización de la diacronía interna del texto, los polos y contrastes sobre los que se suele construir su emocionalismo y el arribo a los dominios de la fantasía, cuando ese proceso de ficcionalización se prolonga un poco más allá de la realidad histórica mediante el privilegio concedido a la imaginación.

La tercera parte expone las vías para la literaturización de ese *corpus* en principio paraliterario, que Gutiérrez explica a partir del idealismo artístico de Nájera —un idealismo de origen romántico, pero que empieza a operar con materiales lingüísticos y culturales de origen finisecular y principalmente francés. Esa literaturización de la crónica se conseguiría mediante la poetización del lenguaje y la consiguiente conversión de la prosa narrativa en prosa lírica, la incorporación de sinestias procedentes sobre todo de las artes plásticas, el diálogo intertextual con otras literaturas y otras mitologías, y la inclusión de imágenes y personajes

característicos de las ficciones finiseculares, en especial de las diversas modulaciones de la figura femenina.

Aunque el tono del trabajo es más bien —y justamente— reivindicativo, resulta al mismo tiempo objetivo en su descripción e interpretación de la obra de Nájera, y creo que pocos lectores podrán estar en desacuerdo con las propuestas y conclusiones planteadas por el autor. Sin retener a Nájera en el romanticismo decimonónico, pero sin olvidar tampoco ese romanticismo al exponer su modernidad, el duque Job que aquí se presenta es una figura redonda y completa. Es por un lado el hombre cívico de su tiempo y por otro el idealista que quiere alcanzar su *summum* estético; es también el asalariado que trabaja en las galeras del periodismo pero igualmente el escritor que participa de la vida y las polémicas literarias del momento, y es también el inquieto autor que busca su voz personal y la voz de su época, a la vez que trata de adelantarse a ésta modificando su instrumento habitual de trabajo.

El origen de la monografía —la tesis doctoral de su autor— puede explicar su tono enciclopédico, que sin duda hubiera convenido aligerar un poco. Son especialmente abundantes las citas y referencias bibliográficas que, aunque útiles y siempre bien asimiladas, no dejan de parecer excesivas. También se podía haber aplicado un mayor esfuerzo de síntesis al estilo empleado en la redacción y en algunas de las digresiones explicativas. Quizá hubieran convenido igualmente algunos apuntes acerca de la recepción de los cuentos najerianos entre el público femenino, el cual, como se afirma en un par de ocasiones, fue especialmente numeroso; así es probable que también se hubiera arrojado un poco más de luz sobre el cargado emocionalismo de esas narraciones. Y quizá también hubiera merecido la pena la revisión de algunos detalles puntuales mínimos y que casi resulta mezquino mencionar aquí. Uno de ellos sería el repetido tópico del cristianismo triste, cuando en el segundo

capítulo parecen identificarse alegría, ironía y subversión: una ojeada al índice de la *Summa* de Tomás de Aquino muestra precisamente que la alegría es una de las virtudes más características de la ascética cristiana.

En definitiva, pues, un estudio imprescindible para entender las interacciones entre el periodismo y la literatura finiseculares y un estudio imprescindible también para leer a Nájera y comprender por qué y cómo sus cuentos, a pesar de su intenso color local, anuncian y a menudo se adelantan a los más cosmopolitas del *Azul...* de Darío, y por qué y cómo Nájera, sin desprenderse de sus rezagos románticos, es también de los primeros en escribir en el ritmo nervioso, rápido y fragmentado de la modernidad.

José María Martínez

University of Texas-Pan American

Miguel Herráez. *Julio Cortázar: el otro lado de las cosas*. Valencia: Instituto Alfonso el Magnánimo, 2001; 298 pp.

De acuerdo con una nota de la solapa, ésta es “la primera biografía completa de [Cortázar —las cursivas son mías] que se publica en España”, con lo que medio se descalifica la de Mario Goloboff, publicada por Seix Barral (Buenos Aires, 1998); y la verdad es que Miguel Herráez aclara algunos puntos que Goloboff no atendió debidamente, como la relación de Cortázar y Aurora Bernárdez.

Según Mario Goloboff, esa relación “había sido intensa desde el primer momento en que se conocieron y encontraron fuertes afinidades, sobre todo intelectuales” y “Cuajó, fundamentalmente durante los últimos meses que Julio estuvo en Buenos Aires” (98), pero Herráez escribe que Cortázar conoció a Aurora en 1948, y que no sólo fue su esposa, sino “un alma gemela”, y cita un texto de Vargas Llosa en que éste asegura que conoció en París a la pareja